CASTELLS BRISA



David Monnet

El Caso Médici

MIQUEL CASTELLS BRISA

DAVID MONNET
Y EL CASO MÉDICI

Nº 2

Vision Libros

© Obra: David Monnet II. El Caso Médici

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Septiembre, 2011

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-360-8

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A MILA, mi mujer,
Por su ayuda y apoyo constante.

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de 40 años, metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso; él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Posee un aire bohemio y desordenado, entusiasta y algo fantasioso, que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego. Es amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta,

cuando tiene ocasión, de una buena partida de póker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en sus investigaciones, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales. Aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión, sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar constantemente por el mundo y pasar por grandes aventuras llenas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado un número uno en su materia.

INTRODUCCIÓN

No acertaba a comprender por qué motivo me había levantado tan temprano. Eran las siete de la mañana. El despertador no había sonado aun, lógico, faltaba una hora para hacerlo, según señalaba la aguja. Desde que regresé de Francia estaba nervioso, incluso, añadiría que ¡ansioso! De hecho, hacía tiempo que no me encontraba de aquel modo. Tal vez, rebuscando en el pasado podía hallar un momento parecido. Sí, seguramente… cuando me separé de mi mujer, recuerdo que también lo pasé muy mal. Sin embargo, el desenlace tan inesperado en que concluyó mi aventura por La Bretaña me afectó de manera muy considerable, tanto, que apenas tenía ganas de hacer nada. Estaba totalmente desmotivado, pero era cuestión de reaccionar. Mi amigo André Delacroix, el monje de La

Santé, ya me había llamado varias veces e insistido en que me ocupara del caso de Florencia. ¡Pero maldita sea!, no tenía fuerzas para ello… ¡Qué coño! ¿Dónde estaba aquel valor del que siempre alardeaba? ¡Pasado mañana me voy a Italia!, ¡se acabó hacer el manta! Ahora mismo me visto con el chándal y me voy a correr por Barcelona. De este modo, además de subir la moral, incrementaré las ganas de comer.

Era invierno. El enorme y legendario termómetro de La Puerta del Ángel marcaba escasamente un grado positivo de temperatura. Estaba nublado y una densa humedad se pegaba al cuerpo. El suelo, a pesar de no haber llovido aún, se hallaba cubierto por una fina capa de agua y debía ir con mucho cuidado para evitar resbalar. Una caída sobre el asfalto podía ser dolorosa. A pesar de la hora temprana, las calles se encontraban repletas de gente y, de vez en vez, se hacía más difícil transitar por ellas, hasta el punto que decidí dar por finalizado el ejercicio matinal y regresar al apartamento, no sin antes entrar en la panadería de la esquina y pertrecharme con una buena barra de pan recién hecho que olía a gloria. Remonté la escalera peldaño a peldaño, una vez desechado el ascen-

sor, mientras iba pensando en el bocadillo de jamón ibérico, tamaño albañil, que me iba a meter entre pecho y espalda. Tan metido estaba en ello, que me crucé con una mujer sin hacerle el menor caso.

—¡Adiós, David! —exclamó al verme.

Me di la vuelta con rapidez. No sabía quién era, pero no me considero ni un estúpido ni un maleducado que no saluda a la gente. En seguida, por mi cabeza pasó la idea de disculparme, mas al verla y reconocer en aquel momento de quien se trataba, en lugar de ello, la abracé y le di un par de sonoros besos en la mejilla.

—¡Caramba, Elena!, no te había reconocido. ¡Como que cada vez estás más guapa!

—Sigues siendo un perfecto adulador —afirmó ella—. ¿Qué te ha traído por aquí? Llevo mucho tiempo sin verte. Claro, ya no te haces con los pobres, ¿verdad?

—No digas tonterías. Lo que sucede es que iba completamente absorto pensando en el desayuno. A propósito, ¿quieres acompañarme? Tengo un jamón buenísimo y, además, en tu honor, descorcharé un rioja excelente.

—¡Vaya mierda! En estos momentos no puedo, y no es que no me sienta tentada ante tu ofrecimiento, pero tengo que trabajar. ¡Ya sabes a lo que me dedico! En todo caso, si quieres hacer extensiva tu invitación para cenar, la aceptaré muy gustosamente.

—¡Hecho! —exclamé—, te prepararé una cena estupenda. ¿Te parece bien a las nueve?

—Aquí estaré como un clavo. ¡Hasta la noche!

Mientras degustaba aquel bien de Dios metido en pan untado con tomate, fui pensando en Elena, mi vecina, que tan bien se había portado cuando me separé de mi mujer. Varias veces comí en su casa y me ayudó, sin pedir nada a cambio, a pintar en sus ratos libres el apartamento. Tenía con ella una buena y sana amistad, ¡sin más! Es una excelente persona, sencilla y poseedora de un gran corazón. Lástima que se dedique al que dicen es "el oficio más antiguo del mundo". Pero lo lleva bien —me dije a mí mismo— En cierta ocasión quise hablar de ello y noté que se incomodaba, así que jamás volví a hacerlo. Pero mentiría si dijese que no me importa. Lo cierto es, que me había puesto muy contento al verla y mi ánimo subió bastantes enteros.

Aquel día, entre ir al mercado a comprar y preparar la cena, no había tenido tiempo en pensar en mis penas.

Con todo preparado, tomé una buena ducha y me vestí elegantemente. Mi cita, lo merecía.

Nueve menos cinco. Sonó el timbre. Abrí la puerta y allí se encontraba Elena. Sonriente. Como si se tratara de una colegiala en su primera fiesta. Sin duda con el mejor vestido que su armario guardaba. Suavemente perfumada. No sabía identificar la marca de aquella fragancia, pero tenía un aroma fresco, como a mí me gusta. La observé de forma descarada, de arriba abajo y, aunque pueda parecer extraño, no iba nada extremada como su profesión podría hacer suponer. Discreta, incluso en el maquillaje, circunstancia que hacía resaltar aún más su belleza. Ni por asomo se le notaba la edad que tenía, a pesar de haber sobrepasado varias veces la barrera de los cuarenta. Tan simpática como siempre, al verme exclamó:

—¡Qué guapo estás! No se te ocurra salir a la calle con este traje gris, no pasarías de la esquina, antes te comerían a besos.

—Mucha cháchara, sin embargo, tú no me das ninguno.

—¿Qué? Ahora te vas a enterar.

Se colgó literalmente del cuello y me dio un apasionado y largo beso. Después, pareció lamentarlo y noté como un ligero rubor se reflejaba en sus mejillas.

—¿Te das cuenta que, a pesar de hacer mucho tiempo que nos conocemos, ésta es la primera vez que nos besamos como Dios manda? —pregunté con una sonrisa.

—Sí y ruego que me perdones. Ha sido un impulso irrefrenable, pero no volverá a suceder. Te lo prometo.

—¡Ni hablar! —repliqué alzando la voz— No estoy en absoluto de acuerdo contigo. Nada tengo que perdonar, más bien al contrario, y si no me hubieses besado tú, lo hubiera hecho yo. Así que no prometas nada que no vayas a cumplir. Ahora, dejaremos aparcado este tema y nos centraremos en la cena. Llevo toda la tarde dedicado a ello. ¡Así que manos a la obra!

La noche transcurrió de maravilla, como no podía ser de otro modo entre dos personas que se encuentran muy a gusto estando

juntas, y acabó como era inevitable… en la cama, ¡claro!

Al día siguiente, noté como me acariciaban los cabellos con suavidad. Abrí los ojos y Elena me observaba con una dulce sonrisa en los labios.

—Tengo un desayuno preparado en la cocina. ¿Supongo que te gusta el chocolate desecho?

—Me encanta —respondí.

—¡Pues levántate! He ido a buscar churros y aún están calientes.

—¿Hoy no trabajas?

—No, el lunes libro y me dedico a mis cosas.

—Entonces voy a pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Que me acompañes de compras. Debo rehacer mi vestuario —le propuse.

—¡Estupendo!, me encantará. Como a toda mujer, ir de compras, me vuelve loca. Así que rápido, rápido, que se hace tarde.

—Aún estaba terminando el tazón del delicioso chocolate, y ya me estaba llamando haciendo sonar el claxon del coche de manera

harto sonora. Me limpié la boca raudamente y bajé las escaleras casi a pares. Aquél fue un día magnífico. Compre varios trajes y ¿qué sé yo?, las camisas… a rayas, de cuadros, lisas… También varios calzoncillos que, muy a mi pesar, dejé escoger a ella entre risas. Elena, por su parte, no se quedó atrás. Estábamos reventados de andar y sólo eran las cinco de la tarde, así que, al llegar a casa, nos sentamos al unísono en el sofá.

—¡Estoy agotado! Esta noche me acostaré pronto. Mañana temprano debo estar en el aeropuerto —comenté.

—¿Es que te vas de viaje?

—Sí.

—¿Tan pronto? Apenas has estado aquí unos días. ¡Vaya mierda!, con lo bien que lo estaba pasando contigo. ¿Y adónde te diriges?

—A Florencia.

—¿Qué se te ha perdido en la ciudad de los Médici?

—Debo encontrar unas pinturas de artistas muy famosos.

—¿Desde cuándo te dedicas a la búsqueda de objetos perdidos? ¿Tú no eres historiador? —preguntó Elena extrañada.

—Sí, pero debido a mis conocimientos y a un cierto amor por la aventura, intento resolver casos como éste. No creas, se me da muy bien meterme en líos, y además lo pagan muy, pero que muy bien, aunque a veces no compense las pérdidas. Sin embargo, ésta es mi vida.

—Sí, te comprendo. Cada uno tenemos lo nuestro, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio. Parecía que la alegría que había reinado durante aquel día entre nosotros se había difuminado. Pero Elena no estaba dispuesta a desperdiciar el tiempo que aún podíamos compartir en lamentos. Se acercó a mí y se abrazó a mi cintura.

—Oye, ¿por qué no me cuentas algo del trabajo que vas a realizar en Italia? De este modo me dará la sensación que formo parte de él.

—¿De veras? Bueno, en realidad, si he de ser sincero, no conozco ni tan siquiera quién me ha contratado. Sólo sé que se llama Giu-

seppe y es de Florencia. Seguramente se tratará de algún magnate italiano, casi con toda seguridad, miembro de algún clan mafioso.

—¿Y no te da miedo?

—¡No! Verás, con esta gente, no tienes nada que temer, siempre y cuando te dediques a realizar tu trabajo y no te metas en cosas que no te incumben. Es más, siempre cumplen lo convenido, aunque no exista contrato escrito de por medio. Con su palabra es suficiente.

—¡Bien!, me has dicho que debes buscar unas pinturas, pero, ¿cuándo desaparecieron y de dónde?

—Bueno, quizás deba contarte algo de historia para que lo entiendas mejor. Entre 1941 y 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, Hitler y numerosos mandos militares, entre los que destacaba el número dos del régimen Hermann Goering, se dedicaron a expoliar sistemáticamente, en los territorios ocupados, todas las obras de arte que existían.

—Pero ¿cómo sabían ellos donde encontrarlas?